

EL PORTETE DE TARQUI

Por Roberto M. Tisnés J. CMF
De la Academia Colombiana de Historia.

El 27 de febrero se conmemoró el 150º aniversario de la batalla del Portete de Tarqui, en la cual las armas colombianas derrotaron a las peruanas que habían invadido territorio grancolombiano del actual Ecuador.

Sellada la independencia de la Gran Colombia, fue esta la primera acción militar internacional de las armas colombianas. Y fue así mismo el primer triunfo de los soldados que en Boyacá y Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, se habían cubierto de gloria frente a los ejércitos españoles.

Sabemos que la historia registra hechos trágicos y gloriosos, heroicos y villanos, grandes y pequeños, memorables e indignos de ser recordados.

Aunque pueda resultar duro catalogar la invasión peruana de 1829 al territorio colombiano como acto no ya inamistoso e impolítico sino verdaderamente provocativo y alevoso, se ha de denominar así, como que otros más duros epítetos merece. No de otra manera la ha denominado y catalogado la historia, y sus mismas consecuencias en el Perú y el posterior proceder contra los aventureros que enfrentaron a dos pueblos, da a entender plenamente que en ninguna manera la mayoría de los peruanos pudo aprobar una tan descabellada empresa.

A decir verdad, nunca habíamos profundizado en el tema que nos va a ocupar, y al que dedicaremos una cuidadosa investigación.

Pero bien vale la pena hacerlo, porque estamos ya al final de la recordación sesquicentenaria de los grandes hechos y grandes recuerdos de nuestro pasado histórico, que a escala

grancolombiana concluirá en diciembre de 1980 con el 150º aniversario de la muerte del gran Libertador y Padre de la Patria.

Un poblado huilense lleva el nombre de *Tarqui* en honor a este hecho victorioso de las armas colombianas en los inicios del año 1829.

Esto hace que, loado sea Dios, se esté conmemorando permanentemente el hecho militar histórico de hace 150 años en territorio de la actual Colombia con sobra de razón y de justicia porque fue, como queda dicho, la primera victoriosa actuación de los ejércitos colombianos en pro de su soberanía territorial.

Vamos por ende a recordar los antecedentes, hechos y consecuencias de aquel enfrentamiento militar en tierras del actual Ecuador, porque precisa en las actuales circunstancias volver los ojos al pasado para recordar nuestra historia y los finales éxitos de las armas libertadoras.

1. — FE PUNICA

Con el anterior título publicaba la *Gaceta de Colombia* de Bogotá en su número 3314, un artículo ciertamente duro a propósito de la conducta del Gobierno del Perú con el Gobierno colombiano. Leamos sus párrafos iniciales:

“Hasta ahora se había abstenido cuidadosamente el Gobierno de Colombia de manifestar el justo sentimiento que le han causado los procedimientos hostiles del de la República peruana. Deseoso de conservar las relaciones amistosas que contrajo con ella durante la guerra que terminó en su independencia, veía con repugnancia todo cuanto tendiese a relajar los vínculos que debían unir a dos pueblos hermanos y limítrofes.

Conducta tan generosa por parte de Colombia no ha surtido otro efecto que el de aumentar la arrogancia del Perú y estimularlo a irrogar nuevos agravios a su aliado. A la delicadeza con que se manejó nuestro Gobierno durante la permanencia del Libertador en aquel Estado, respecto de la usurpación que nos hizo de la provincia de Jaén y en parte de la de Mainas correspondieron con sublevarnos la 3ª División auxiliar. Consecuente a ella fue la invasión de los departamentos meridionales de la república; siguió la violenta expulsión de nuestro Encargado de negocios y de los colombianos residentes en su

territorio; y ahora acaba de consumir la obra de su perfidia amotinando a las tropas colombianas acantonadas en La Paz...

No queremos recordar aquí los otros hechos de esta naturaleza que comprueban el espíritu hostil de que están animados los Consejos de aquel Gobierno. Baste decir que no ha dejado escapar la más mínima ocasión para insultarnos, y que los medios de que se ha valido para darnos la satisfacción, a que no ha podido negar y que somos acreedores, se han convertido en sus manos en otros tantos motivos de queja para nosotros.

Tal estado de cosas no puede continuar. Ninguna nación se hizo jamás respetable sino exigiendo de las demás la misma veneración de sus derechos que ella está pronta a rendirles. Sufrir por más tiempo las provocaciones del Perú, sería exponerse a que se interpretasen como pusilanimidad los esfuerzos que hemos hecho por conservar la paz; sería sujetarnos a que se atribuyese a insensibilidad al honor nacional, lo que no ha sido efecto de nuestra repugnancia a entrar en la lid con pueblos que no han obtenido el goce de su independencia y libertad, sino por medio de nuestra cooperación...

Hasta ahora hemos tratado la cuestión en sus relaciones con Colombia particularmente: no es menos grave mirada con respecto al continente americano.

El Perú ha tratado de subvertir las bases sobre que funda la América meridional sus esperanzas de armonía, la de no intervenir un Estado en los arreglos políticos de los otros, y la de dejarse recíprocamente en tranquila posesión del territorio que le estaba señalado cuando eran colonias...

No se diga por esto que desea Colombia provocar una guerra continental. Hemos hecho repetidas instancias para que el Perú ratificase el tratado concluido en el Istmo, en cuyo caso sería la gran Asamblea Americana árbitro de nuestras diferencias. Entonces habríamos expuesto los justos motivos de quejas que tenemos; y viéndose las otras partes contratantes en la necesidad de sostener la causa de Colombia, que es la de ellas mismas, quizás había desistido el Perú de su empresa. Entretanto llamamos la atención de todos a nuestra conducta; han sido expectadores de nuestra moderación y de las hostili-

dades del Perú; sentiremos que lo sean de nuestra venganza..."¹.

Como puede apreciarse, se trata de un memorial de agravios, de una nacional e internacional denuncia contra las actuaciones de los gobernantes peruanos en aquellas calendas en contra de Colombia y de América, pues con sus pretensiones y deseos expansionistas, creaban el peor ambiente y daban malísimo ejemplo a todo el continente americano. Se alude ya en este documento al Congreso Anfictiónico de Panamá del año 1826, a la negativa del Perú a ratificarlo y a aceptar por ende el arbitraje americano de otras naciones en orden a resolver los pleitos internacionales.

Interesante e histórica alusión a este primer Congreso anfictiónico, creador del derecho internacional americano, que bien hubiera podido utilizarse en la ocasión denunciada por la *Gaceta de Colombia*.

Así escribía el órgano oficial del gobierno colombiano en esos finales de 1827, un año antes de que ocurriera la invasión peruana a territorio grancolombiano del Ecuador y antes de que tan descabellada decisión fuera dura y merecidamente castigada con una de las más decisivas y humillantes derrotas en el Portete de Tarqui, en aquel 27 de febrero de 1829.

Porque a pesar de que en aquellos años la Gran Colombia no se hallaba precisamente en la mejor paz y armonía, y más aún, se adivinaban y presentían y casi palpaban ya los primeros síntomas de su desintegración, sin embargo el cuerpo social, y particularmente el ejército, estaba todavía lo suficientemente fuerte y vigoroso para hacer respetar los derechos y la soberanía nacional, e impedir por todos los medios posibles y con las mayores seguridades de éxito, que vecinos irresponsables atentasen contra esa unidad soberana y contra quienes, como lo dice expresamente la *Gaceta*, habían colaborado decisivamente a la libertad del Perú.

Fe Púnica, título del artículo que hemos citado, da a entender y califica la intervención invasora del Perú. Porque esas

1. BLANCO Y AZPURUA. Documentos sobre la Vida Pública del Libertador. Caracas, 1877. Tomo II, páginas 673-674.



dos palabras se refieren a una afirmación histórica relativa a la historia de Cartago, eterna enemiga de Roma. *Pe púnica*, dice el diccionario de la Real Academia Española, es mala fe, y mala fe significa dobles y alevosía.

Con lo cual queda dicho todo cuanto pensaba decir y exponer el autor del artículo de la *Gaceta de Colombia*, que hemos querido rememorar como antecedentes al parecer remoto de la confrontación de los ejércitos peruanos y colombianos en 1829, pero en realidad, causa o serie de causas que poco a poco e inevitablemente incidieron en el bélico encuentro de aquel año,

A antecedentes socio-políticos y socio-militares en ambos países nos pensábamos referir con alguna detención, basados en los comentarios de Blanco y Azpurúa y en la correspondencia del General Sucre. Mas para no alargar el presente artículo hemos decidido prescindir de ellos.

Vamos por tanto a entrar en materia y a referirnos rápidamente a la situación peruano-colombiana en el año de 1828.

2. — CAMPAÑA DE LOS TREINTA DIAS

Dos hombres, dos soldados, dos jefes, dos mariscales, simbolizarán esta campaña y la batalla misma: José Lamar o La Mar nacido en Cuenca (1788-1830) y Antonio José de Sucre nacido en Cumaná (1793-1830).

Ecuadoriano el primero, había luchado contra Napoleón y sido de los vencedores en Junín y Ayacucho. Mas a poco de estos hechos y gracias al desorden social que se vivía en el Perú, ascendió rápidamente en los honores civiles y militares hasta llegar a la presidencia de dicha nación. Su ambición y orgullo y el de sus consejeros, lo llevaron a creer que podía emular en victoriosas hazañas con Sucre y con Bolívar y llegar a ser, venciéndolos, la primera espada de América. Contaba además, por desgracia, con la venia y aun con el auxilio de los rebeldes colombianos del sur de Colombia, coroneles Obando y López, quienes se habían alzado en armas contra el Libertador.

Lamar queda retratado en la siguiente anécdota narrada por uno de los biógrafos de Sucre. "Antes de la batalla del Portete de Tarqui, escribía al Mariscal de Ayacucho exponiéndole sus quejas y resentimientos: "Cuando usted era capitán, le de-

cía, yo era coronel; cuando usted fue Coronel, yo fui General; y cuando usted fue General, yo fui gran Mariscal. Y sin embargo, fue usted por consejos del Libertador elegido para mandar el ejército unido (se refiere a Ayacucho), irrogándoseme con ello un agravio que no he podido olvidar”.

Sucre respondió de la siguiente manera: “Cuando usted era coronel, yo era capitán; cuando usted era General, yo era Coronel; cuando usted era Gran Mariscal, yo era General; y sin embargo fui preferido para dirigir la guerra, poniéndoseme a mis órdenes el Ejército Unido. Ahora, señor Mariscal, manda usted 10.000 hombres, y yo apenas 3.500, y anda usted por las alturas y no baja al llano a ofrecerme batalla, para probar quién de nosotros es más capaz para dirigir un ejército”².

Sobre Sucre resulta inoficioso hablar. Se trata del personaje en lo militar más ilustre después de Bolívar, a todo lo largo y ancho de América y de su gesta emancipadora. Hombre culto y educado, esforzado y valiente, modesto y generoso hasta el exceso, como puede comprobarlo cualquiera leyendo su epistolario, máxime el de los últimos años de su vida (1827-1830). Era, por decirlo así, el polo opuesto de Lamar.

Estos dos jefes van a llenar con sus hechos un lapso si no largo, sí importante en la historia colombiana del primer tercio del siglo XIX. Y el final de ambos será trágico: Lamar muere en Costa Rica, desterrado a causa de sus desastres como militar y gobernante. Ya el 14 de junio de 1829 el secretario del Libertador José D. Espinar comunicaba desde el Cuartel General de Baba en el Ecuador, que se había tenido noticia de una sublevación en Piura contra Lamar y que había sido apresado por el General Gamarra. Se añadía que sería deportado a Chile (555)³.

Sucre, el Abel americano y el más digno de los generales de Colombia como con Justicia lo apellidara Bolívar, morirá asesinado.

2. PESQUERA VALLENILLA VICENTE. Rasgos biográficos del Gran Mariscal de Ayacucho, Don Antonio José de Sucre. Barcelona, 1910, páginas 127-128.

3. BLANCO Y AZPURUA. Documentos... Tomo 13, página 555. Los números entre paréntesis después de las citas, se refieren a páginas de este tomo.

Quizá el primero mereciera su exilio y su final triste destino. No así el Gran Mariscal de Ayacucho. Solamente los odios, las venganzas, las envidias y ambiciones pudieron terminar sangrientamente con la vida del gran venezolano y americano, el único verdadero heredero del Libertador con quien puede pararse y parigularse en magnanimidad y desprendimiento, en patriotismo y dotes militares.

Mas entremos ya en materia.

Campaña de los Treinta Días ha sido denominada la que llevó a las tropas colombianas a la victoria del Portete de Tarqui.

Esta denominación conviene ciertamente más al final de ella o invasión peruana a territorios nacionales, pues los preparativos de los invasores venían de meses atrás, lo propio que las conversaciones entre ambos gobiernos para evitar que se llegara a un enfrentamiento militar que, desgraciadamente para los peruanos, no se pudo evitar.

Recordemos que la primera agresión peruana fue contra Bolivia, más cercana geográficamente y más desguarnecida, poco antes de la renuncia de Sucre a la presidencia de dicha nación. Este fue apresado y herido en una mano en Chuquisaca, lo cual, como él mismo lo afirmaba, no había acontecido en cien combates a favor de la libertad americana. No tenemos a mano, y ni siquiera sabemos si se publicó, el Diario de Campaña del ejército peruano. Conocemos y vamos a aprovechar el del ejército colombiano. Valga afirmar desde ahora que mucho tiempo tuvieron los generales peruanos para preparar su invasión y no tanto los colombianos para aderezar sus tropas y llevarlas hasta el sitio donde debían enfrentarse al enemigo.

Iniciemos por tanto el relato refiriéndonos a las noticias que sobre el ejército colombiano tenemos, gracias a varios *Boletines* publicados a raíz de las operaciones militares. Y ante todo recuérdese que todavía el 28 de enero de 1829 se dirigía Sucre a Lamar, Presidente del Perú, ofreciendo sus sentimientos y decisiones conciliatorias, antes de dejar oír la voz de los cañones.

Encargado de hacer la guerra o firmar la paz, se dirige por ello a Lamar. "Presento a V.E., le escribe desde Cuenca, estos sentimientos de conciliación, en el momento en que atraí-

do V.E. por los ardides del General en Jefe del Ejército del Sur a nuestro territorio, se halla comprometido en una batalla cuyas probabilidades no están a su favor. No es mi intento arredrar a V.E., con los peligros de que está rodeado: sé que un valeroso es excitado por los riesgos mismos a buscar mayor gloria; pero V.E. sabe también a cuánta costa la procurará inútilmente, porque conoce lo que vale un ejército colombiano sobre el campo del combate.

No pretendiendo sino dejar bien puesto el honor, los intereses y la dignidad del Gobierno y del pueblo colombiano, sin exigir humillaciones de la República peruana, comprendo que aún es tiempo de entendernos. La independencia de los Estados americanos es nuestro intento. Casualmente se halla en este cuartel general el Señor Coronel O'Leary, comisionado por el Gobierno para negociar con el del Perú; y a pesar de las informalidades que se han guardado hacia su carácter, está pronto a llevar a cabo su misión.

Habiéndose desgraciadamente roto las hostilidades, será inoportuno emprenderlas, mientras que una transacción final o una victoria las terminen; pero no queriendo ser ni remotamente responsable de la sangre y de los males de la lucha que puede llamarse fratricida, dejo libre elección a V.E. *entre la paz y la guerra*". (368-369).

También el General Juan José Flores verificará lo propio al día siguiente.

El 3 de febrero responde Lamar la misiva de Sucre. En resumen le dice que bien el Coronel O'Leary o el mismo Sucre pueden presentar "unas bases más determinadas, y si ellas fuesen equitativas, no habrá impedimento alguno para dar principio a las negociaciones". Afirma que Sucre agravia en su comunicación al ejército peruano "que si han penetrado en el territorio de Colombia lo ha hecho confiado en la justicia de su causa, en su fuerza moral y física y en la opinión de los pueblos cansados de sufrir un yugo insoportable, del cual ya Guayaquil está libre. Irritar los ánimos no es el medio de buscar una conciliación. El Perú jamás ha tenido miras ambiciosas: él no ha abierto la campaña sino después de haber sido insultado y provocado..." (370).

El mismo día 3 O'Leary presenta las bases mínimas pedidas por Lamar, más el 4 responde éste que ellas "parecen más

bien condiciones durísimas puestas en el campo del triunfo a un pueblo vencido, que proposiciones hechas a un ejército, que como el que tengo el honor de mandar, ha conseguido ya ventajas considerables, y posee todas las probabilidades de la victoria" (373).

Por consiguiente, las rechaza y deja la solución a bayonetas, lanzas y cañones. Cualquier conocedor de la magnanimidad colombiana entonces y ahora, y de la grandeza de Bolívar y de Sucre, puede adivinar que no se trataba de condiciones humillantes. Tan no lo eran, que volverán a aparecer en toda su integridad a raíz de la victoria de Tarqui, y habrán de aceptarlas los derrotados, por no haberlas aceptado antes de su humillación militar.

El mismo Sucre se encargará en documento dirigido a Lamar el día 5, de probar que no se trataba de algo humillante y vergonzoso. Las causas de la negativa peruana iban por otros cauces. "*Si los destinos del Perú, escribe, se rigieran por un veterano de la Independencia, o si su administración fuera toda peruana, sin duda que las desavenencias se arreglarían de un modo pacífico; porque el desprendimiento y amor a los pueblos serían preferibles al orgullo de un enemigo o de un partido ofendido...*".

Y más adelante: "Concluiré, Señor, con una confesión ingenua. Es cierto que en el Sur de Colombia hay descontentos, pero que estos y su disgusto tienen todo su origen en los reclutamientos y en los sacrificios que el Gobierno exigió a estos pueblos *para libertar al Perú*. Sin la campaña del Perú, la administración actual y sus funcionarios serían adorados generalmente en el Sur; porque habiendo sido este país el último de la República que se emancipó, no había tenido necesidad de grandes esfuerzos ni de exacciones de ninguna especie para conservarse. La expedición al Perú es la causa motriz de los disgustos. Y es ahora el Jefe de la Administración peruana quien nos lo echa en cara, ¿y quién nos dice que como *hombre honrado* y sensato los aprovecha para hacer daño a los *libertadores del Perú*? Los hombres sensatos y el mundo entero analizarán esta moral, estos sentimientos de gratitud, y decidirán quién tiene la justicia", (375-376). Duras y a la vez justicieras afirmaciones las del Gran Mariscal de Ayacucho.

El Boletín N° 2 del Ejército colombiano, firmado ya no por Sucre sino por el General León Febres Cordero, es un poco más breve pero no menos interesante, y está fechado en Naranca y el 20 de febrero.

Dos caminos se ofrecían inicialmente al ya victorioso ejército colombiano: seguir al enemigo, perseguirlo, estorbarlo en su marcha; o proseguir por el camino real de Oña para interponerse entre los peruanos y la ciudad de Cuenca, defenderla y defender prácticamente todo el Ecuador sin perder las comunicaciones con él y la división de reserva que se hallaba en Daule. Se optó por éste último, incluso para evitar el paso "del pestífero valle de Yunguilla", de clima devastador, al que había expuesto sus tropas el general peruano.

Febres Cordero elogia el patriotismo de la ciudad de Cuenca y toda su provincia, con el cual "ha lavado la mancha que en mayo de 1776 el acaso imprimió en su suelo, dando nacimiento a un insigne traidor", (413).

Se refiere, como lo habrá adivinado el lector, al General Lamar, cuyo bicentenario natalicio tuvo lugar, por consiguiente, hace dos años.

Desde Girón prosigue su ruta el ejército colombiano hacia Tarqui a donde arriba el día 17. El 21 la infantería ocupa el pueblo de Naranca de importancia estratégica. Como el enemigo ocupa Girón, el General Comandante envía algunas compañías del Batallón Rifles y un piquete de caballería para sorprenderlo. El Comandante Franco se adelanta desde Tarqui con 19 caballos y ataca a la avanzada peruana que se dispersa sin combatir.

Un oficial cae prisionero.

El día 10, como lo recuerda Febres Cordero, había tenido lugar en Cuenca, donde se hallaban los hospitales colombianos, un ataque por parte de los peruanos, rechazado con habilidad y valor por el General Vicente González con la ayuda de 70 hombres, algunos de ellos enfermos. Desde la torre de la catedral y de la Casa de Gobierno se hace frente a los atacantes. Logran estos penetrar en la plaza, pero son recibidos con vivo fuego, lo que hace que el jefe peruano pida la suspensión de hostilidades. González acepta una transacción, dada la situa-

ción de la ciudad carente de agua y de víveres, el pequeño grupo de defensores y el peligro de que fuera entregada al saqueo.

Pérdidas peruanas fueron un oficial muerto y 15 soldados, más 9 heridos; las colombianas solamente dos heridos y la momentánea dispersión del hospital.

El Boletín N° 3 se referirá ampliamente a la batalla del Portete de Tarqui. No estará de más recordar con el historiador Restrepo, la calidad y circunstancias de cada uno de los ejércitos: "El ejército colombiano del sur, escribe, apenas se componía con guarniciones y hospitales, de seis mil hombres, pobres, mal vestidos y escasos de todo lo necesario; pero ardiendo en amor por su patria, llenos de nobles y elevados sentimientos: ellos recordaban sus antiguos triunfos, a los que no dudaban añadirían una nueva palma de victoria cogida en la lid con los peruanos, si osaban invadir el territorio colombiano. Sin embargo de esto, no todos los soldados eran veteranos y había multitud de reclutas.

El ejército peruano estaba equipado con lujo; la caballería bien montada; y su caja militar venía provista de fondos bastantes. El que esto escribe oyó decir al señor Mariátegui, ministro peruano de hacienda en aquella época, que el ejército había costado al Perú tres millones de pesos; y de oficio dijo al congreso peruano el secretario de la guerra, que en él se había gastado dos millones y medio"⁴.

3. — BATALLA DEL PORTETE DE TARQUI

Se aproximaba la definitiva confrontación bélica.

Podemos adivinar que sería muy diversa la situación de ambos beligerantes.

Los colombianos, acostumbrados a vencer aún en circunstancias las más desfavorables, ya habían empezado a saborear la victoria contra los invasores. Estos, por el contrario, nada sabían de victorias que dieran fe de su valor y decisión y aún de la justicia de su causa, y por el contrario, habían probado

4. RESTREPO JOSE MANUEL. Historia de la Revolución de Colombia, tomo VI. Editorial Bedout, Medellín, 1970, página 171 y nota.

ya días antes el agrio zumo de la derrota en breves y leves encuentros con las tropas colombianas.

Ni los jefes ni las tropas de ambos ejércitos resisten una comparación.

Lo sabemos ahora, y se sabía desde entonces, por los antecedentes de unos y otras.

Y más lo podían saber y esperar en aquellos tiempos, porque más frescas estaban las hazañas de los colombianos en medio continente.

Parece que la ambición y la vanagloria hubieran hecho perder la cabeza a los gobernantes peruanos de aquellas calendas, al decidir enfrentarse a soldados fogueados en cien batallas desde Boyacá en 1819 hasta Ayacucho en 1824.

Basados en documentos oficiales, números y muy importantes, vamos a narrar el hecho histórico del triunfo colombiano en el Portete de Tarqui hace 150 años. Será la postrera fulguración de los más grandes jefes y soldados de América que dieran la libertad a cinco naciones.

Por el Boletín N° 3 del ejército colombiano, firmado por el ya conocido Febres Cordero en Cuchipilca el 27 de febrero, nos enteramos de las últimas actuaciones de los héroes colombianos antes de su definitiva victoria sobre los invasores.

“La impericia del presidente del Perú (no se olvide que lo era Lamar, jefe de las tropas), comienza escribiendo Febres Cordero, hacía ilusorio todo cálculo prudente que pudiera formarse sobre sus operaciones. Además, los avisos recibidos de nuestros espías eran contradictorios. Por eso se resolvió que la infantería permaneciese en Naracay, y la caballería en Guaguarqui hasta el día 26 que se tuvieron noticias ciertas de que la vanguardia enemiga estaba en Girón, y se anunciaba un movimiento de todo su ejército a Tarqui”⁵.

“El Portete, escribe el ya citado historiador Cevallos, uno de esos nudos que de trecho enlazan por el centro las dos cordilleras de los Andes ecuatorianos, cruza de oriente a occidente, separando con su elevación los ríos que forman el venaje

5. BLANCO Y AZPURUA, obra citada, tomo 13, página 420.

del *Paute*, que va para el Atlántico, de los que componen el del *Jubones* que se encamina hacia el Pacífico. A las faldas septentrionales donde está nuestro ejército (S. O. de Cuenca), se extiende la llanura de Tarqui, ancho y lindo ejido vestido de verde, y a las meridionales, donde paraba el enemigo, se ven tierras escarpadas, selvas y colinas que favorecían su posición. El Portete, es, pues, una como puerta por donde el nudo abre paso a las tierras de occidente por Hornillos, y a las del sur por Girón y San Fernando, y ese es el punto de que se había posesionado el General Plaza, jefe de la división de la vanguardia enemiga. Tenía a su frente una quebrada bastante profunda, a la derecha breñas y despeñaderos, a la izquierda selvas tupidas, y a las espaldas el grueso y nervio del ejército. Casi no cabría dar con mejores resguardos, pues hasta otro de los desfiladeros de las inmediaciones era tan estrecho que sólo podía atravesárselo por contadero, por lo cual sin duda ni había pensado Plaza en defenderlo”⁶.

La breve pero completa descripción del campo de batalla, nos puede dar una idea del punto geográfico donde iba a tener lugar la acción de armas.

“En el Sur de Colombia, añade Febres Cordero, y tal vez en América, no se halla una posición militar más formidable que el Portete de Tarqui. Por la derecha e izquierda cerros de una elevación proporcionada, y coronados de chaparrales y en algunas partes de un bosque algo espeso, propio para cubrir infantería, defienden una colina de difícil acceso por el camino real, y casi impracticable por su frente; a su base corre un riachuelo pedregoso. En esta posición estaba formada la vanguardia enemiga, fuerte de mil cuatrocientos hombres a las órdenes del General Plaza, que tuvo la inesperada osadía de ofrecernos la batalla”⁷.

Será Sucre quien en su parte de batalla al Libertador, firmado el 11 de marzo en Quito, nos recuerde las operaciones del ejército colombiano desde su llegada a Girón: “Sintiendo el enemigo nuestra llegada a Girón se detuvo en Lenta a cuatro leguas, y corriéndose luego más sobre nuestra derecha, se situó

6. CEVALLOS, obra citada, páginas 302-303.

7. BLANCO Y AZPURUA, obra citada, tomo 13, página 432. Los números...

entre aquél punto y San Fernando cortando los puentes del Ricai y Ahillabamba, lo cual lo colocaba en difíciles posiciones: que notando que excusaba combatir o precipitarnos a un encuentro sumamente desventajoso para nosotros, resolví ocupar la llanura de Tarqui, como lugar de donde podía observar sus maniobras: y que con estos motivos quedamos el 18 en Guagua-Tarqui. El 21 tuve aviso de que todas las fuerzas peruanas se concentraban en San Fernando y que hacían reconocimientos sobre Baños a una legua de Cuenca, mientras nos distraían con otros reconocimientos por Girón. El Señor General Flores se encargó de examinar el intento de éstos y con una ligera partida atacó al destacamento que había venido, tomando prisionero un oficial, matando algunos soldados y dispersando el resto. En tanto ordené que el ejército retrogradase dos leguas más hacia Cuenca y se situase en Narancay cerca de Baños, teniendo en este movimiento mayor consideración a las bajas que nos causaba el frío de Tarqui que temores del enemigo: bien que nos importaba cubrir la ciudad de nuestros depósitos y estorbar la comunicación de aquél con Guayaquil.

Permanecimos así diez leguas distantes uno de otro sin más novedad que la venida de un parlamentario con pretextos insignificantes, y con el objeto de examinar nuestra situación: se lo noté y lo devolví, haciéndolo pasar por nuestros cuerpos para que se convenciera de que apenas teníamos la mitad de fuerzas que el ejército peruano. El 24 supe que una columna de dos batallones y un escuadrón enemigo al mando del General Plaza estaba en Girón; juzgué que sería un fuerte reconocimiento, porque no me persuadí que se avanzara sólo esta División, pero el 25, hallándome con el General Flores examinando por Tarqui la verdad, me informaron nuestros espías que aún permanecía ésta en Girón y su ejército en San Fernando. Resolví atacarla, y nuestros cuerpos todos se pusieron en marcha a las tres de la tarde con tres mil seiscientos hombres de combate. Al comenzar nuestro movimiento sobrevino una fuerte lluvia que apenas nos permitió llegar a Tarqui a las siete de la noche.

Dando un descanso a las tropas, tuve partes que la División del General Plaza estaba en el Portete de Tarqui a tres leguas de nosotros, y que el resto del ejército peruano llegaría aquella tarde a Girón. Determiné dar una acción general, y el señor General Comandante en Jefe dispuso que en lugar de las Compañías de Cazadores que debían precedernos lo hiciese un des-

tacamento de ciento cincuenta hombres escogidos de todos los batallones al mando del Capitán Piedrahita, apoyado del escuadrón Cedeño, para que preparase la función por una sorpresa: en esta forma continuamos la marcha a las dos de la noche. A las cuatro y treinta y siete de la madrugada del 27, tuvimos que hacer alto a las inmediaciones de Portete con la 1ª División de Infantería compuesta de los batallones Rifles, Yaguachi y Caracas para esperar a la 2ª y la caballería que se había retrasado sobremanera, cuando una descarga del enemigo sobre el escuadrón Cedeño fue el primer aviso de que Piedrahita se había extraviado y perdido su dirección" (432).

Mas no vamos a utilizar el parte de Sucre al Libertador sobre la batalla donde las armas colombianas se cubrieron de gloria por última vez fuera de las propias fronteras. Citaremos más bien el relato del General Febres Cordero adicionado con algunos datos del parte de Sucre más completo que el anterior como escrito posteriormente.

No fue el de Tarqui un combate y batalla decisiva para la suerte americana. Ni se lidió con un rival al estilo antiguo, generosa y caballerosamente, como ocurrió, quizá por última vez en América y en el mundo, en la épica jornada de Ayacucho. Fue solamente un enfrentamiento entre hermanos por la ambición e imprudencia de una de las partes, lo cual la llevó al desastre de la derrota y la vergüenza y al definitivo fracaso militar y político del autor de la aventura.

Dirigirá a los peruanos el General y Presidente José Domingo Lamar, inspirado y apoyado por el General Gamarra. Varios de sus jefes, entre ellos el General o Mariscal-Presidente, habían combatido en Ayacucho.

El ejército colombiano habíalo conformado paciente y patrióticamente el General Juan José Flores, quien actuará como su Comandante en Jefe. Parece que muy astutamente hizo creer a los peruanos que su victoria sería fácil, con lo cual él, sabedor casi cierto de que ocurriría todo lo contrario, les tendió un lazo en el que cayeron, al tiempo que ganaba prestigio y nombradía.

Jefe del Estado Mayor de Sucre será el General León Febres Cordero, y el Coronel O'Leary lo será del Estado Mayor de la 1ª División. Pelearán además en esta batalla los generales

Heres, Sandes y Luis Urdaneta, Bawn, León Guerra y el Comandante Camacaro, uno de los muertos en la acción, además de no pocos de cuantos habían luchado y vencido en Ayacucho.

Un mes antes, el 28 de enero y en Cuenca, había lanzado Sucre a su ejército la siguiente proclama:

“¡Soldados!

El Gobierno me honró con la primera Magistratura de los Departamentos meridionales; rehusé aceptarla, porque ningún peligro me estimulaba a salir de la vida privada, que ha formado siempre mis ardientes votos. El ejército del Sur, mandado por un bizarro Capitán y por los más intrépidos de vuestros Jefes, hacían inútiles mis servicios en aquel destino; pero entro a desempeñarlos, cuando enemigos extranjeros, ingratos a vuestros beneficios y a la libertad que os deben, han hollado las fronteras de la República.

¡Colombianos!

Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y en vuestras bayonetas.

Un triunfo más aumentará muy poco la celebridad de vuestras hazañas, el lustre de vuestro nombre; pero es preciso obtenerlo para no mancillar el brillo de nuestras armas.

¡Soldados!

Boyacá, Pichincha, Carabobo, Junín, Pasto, Callao, La Ciénaga, Vargas, Yacuachi, Cartagena, Maracaibo, Cúcuta, Calabozo, Vigirima, Niquitao, Taguanes, Mucuritas, Yagual, San Félix, Maturín, Las Queseras, Araure, Margarita, San Mateo, Pitayó, Las Trincheras, Victoria, Palacé, el Juncal, Ayacucho... cien campos de batalla y tres repúblicas redimidas por vuestro valor en una cadena de triunfos del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes con la Patria, con vuestras glorias y con Bolívar”⁸.

8. BLANCO Y AZPURUA, obra citada, página 369. Los números...

Podemos adivinar el efecto de esta proclama en las tropas colombianas ya desde el mes anterior, conscientes como estaban de su responsabilidad y de sus glorias.

Pero recordemos ya, a través del relato de Febres Cordero el hecho militar, si no grande y digno por sus motivos y por quienes ciegos se precipitaron en el vórtice de la derrota y la humillación, sí al menos por los contrincantes, soldados y oficiales capitaneados por uno de los más grandes conductores americanos de tropas en la pasada centuria.

Nos refería poco antes Febres Cordero que la vanguardia peruana de 1.400 hombres dirigida por el General Plaza, había tenido la osadía de ofrecer batalla a los bravos de Colombia. "Se le atacó, añade, por su derecha, y al sentirlo aquel Jefe, debilitó el otro flanco para reforzarla. Aprovechándose de esta circunstancia el primer Comandante en Jefe dispuso que el Comandante de Rifles atacase con su batallón fuerte de trescientos cincuenta plazas a la izquierda del enemigo, lo que ejecutó tan bruscamente, que a pesar del horroroso fuego que se hacía desde los cerros y colina, dio tiempo a que llegase el batallón Yaguachi que recibió la orden de destacar una compañía por nuestra izquierda, mientras el resto abriese camino por la derecha a la bayoneta; la bizarría con que el Comandante Alzuru maniobró, desordenó completamente al enemigo y arrolló su izquierda. A este tiempo entraba el batallón Caracas al combate, cuando a la vez se presentaba sobre la colina una columna de Cazadores que el General Lamar traía en persona para restablecerlo, y subían al Portete los batallones Pichincha y Sepita de la División del General Gamarra con este a su cabeza. La batalla fue por tanto comprometida por toda la infantería peruana contra nuestros tres batallones Rifles, Yaguachi y Caracas, fuertes de mil cuatrocientos hombres.

A pesar de la inmensa superioridad del enemigo, su resistencia nos fue sorprendente; y llegaba ya a molestarnos cuando aparecía la cabeza de nuestra segunda División. Se le ordenó que destacara una compañía de Cazadores en refuerzo de la de Yaguachi; y la del Cauca lo hizo con un arrojo admirable, clavando sus bayonetas en el terreno para trepar el cerro donde el enemigo apoyaba su derecha. Este comenzaba a vacilar, y entonces se ordenó una carga general por los cuerpos del ataque, a la vez que lo hacía el escuadrón Cedeño bajo la di-

rección del Coronel O'Leary. Yaguachi y Rifles lo ejecutaron a la bayoneta por el centro nuestro y derecha, mientras Caracas por una maniobra de flanco tomaba la izquierda y arrojándose a un tiempo sobre las posiciones de los peruanos, fueron puestos en completa derrota. La fuga fue su única salvación, y se precipitaron a buscarla por el desfiladero del Portete" (420-421).

Como puede apreciarse, fue una batalla sangrienta, no una gran batalla en el sentido del adjetivo antepuesto sino una batalla grande por los efectivos militares que a ella concurrieron y por los muertos, heridos y prisioneros del invasor, sólo comparables a los que habían tenido los españoles cuatro años atrás en la épica jornada de Ayacucho.

En efecto: los peruanos perdieron 2.500 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, entre ellos 60 jefes y oficiales. Y como frutos opimos de aquella rápida y trascendente acción militar, 3.000 fusiles, multitud de cajas de guerra, vestuario y equipo, y lo que es más significativo en estos casos, dos banderas enemigas.

Las pérdidas colombianas, según Sucre, fueron las siguientes: 9 jefes y oficiales muertos, 8 heridos, 145 soldados muertos, 198 heridos, para un total de 360.

En Ayacucho los hispanos habían tenido 1.800 muertos, 700 heridos y 2.600 prisioneros. Los patriotas 370 muertos y 610 heridos.

Tanto Sucre como Febres Cordero tributan loas a los jefes, oficiales y soldados, todos los cuales habían hecho "resonar los bosques y los cerros que iban a servir de tumba a los ingratos invasores, con repetidos vivas a Bolívar, Padre de la Patria.

Este glorioso triunfo, sigue diciendo Febres Cordero, es debido al denuedo de nuestra infantería de vanguardia, al valor del escuadrón Cedeño, a la audacia del Señor General Flores Comandante en Jefe, en el combate y fuera de él, a su infatigable perseverancia en la organización del ejército; diríamos también a S. E., el General Sucre Jefe Superior que ha dirigido la campaña, si en muchas ocasiones le hubiésemos oído repetir que ha trabajado sin la esperanza de mérito, porque ha tenido que vérselas con un rival que ha cometido en cada

marcha una falta, por cada movimiento un desatino que justifica su incapacidad: y que, en fin, sólo se prometía desengañar a algunos que tuvieron la *candidez* de pensar que el General Lamar le dio consejos útiles en la campaña de Ayacucho, y a quienes ha respondido con el mismo silencio que opuso cuando los peruanos se apropiaron algunos sucesos en Pichincha el año de 22 y para ir inmediatamente en el de 23 a mostrar su verdadero valor en el Alto Perú con seis mil soldados, para huir a sola vista de tres mil españoles" (421).

Las anteriores afirmaciones no necesitan ciertamente comentarios.

Vibrante y significativo, y casi a manera de proclama, será el final del Boletín N° 3: "La segunda División no disparó sus armas, y ardiendo en deseo de vengar el honor de Colombia y su Libertador, apenas vio a sus enemigos: la caballería casi no oyó sus tiros, mientras sus lanzas vibraban como el corazón de los soldados por alcanzar a los pérfidos que ultrajaron nuestra patria, después de debernos la existencia de su nación y el no ser colonos españoles. Los batallones Pichincha, Cauca y Quito, y los Escuadrones segundo, tercero y cuarto de Húsares, el de Granaderos y el de Dragones del Istmo, que en Tarqui han sido sólo testigos del arrojado de sus camaradas y de la fuga de nuestros manumitidos, se prometen terminar la campaña con un nuevo castigo, que sólo deje ir al Perú la noticia de que un ejército suyo profanó la sagrada tierra de Colombia, si es que la desesperación induce a los vencidos a presentarse en combate" (422).

Sucre en su informe a Bolívar agrega que una vez vencido el ejército peruano mandó un oficial a conferenciar con Lamar y a ofrecerle una capitulación que iba a ser su salvación y la del resto de su ejército. Aceptóla el derrotado general y fueron designados por Sucre como comisionados el General Heres y el Coronel O'Leary.

"Los comisionados peruanos, escribe Sucre al Secretario del Libertador, observaron después de muchas discusiones, que su jefe declaró en las contestaciones de Saraguro que las bases de Oña eran *las condiciones que un ejército vencedor impondría a un pueblo vencido*; y que no podían convenir en ellas. Ya era tarde cuando se me dio esta respuesta; y la devolví con el *ultimátum*: de que si no las aceptaban al amanecer del

día siguiente, no concedería luego ninguna transacción sin que a las bases de Oña se agregara *la entrega del resto de sus armas y banderas y el pago efectivo de todos los gastos de esta guerra*" (433).

Increíble e imposible aparece la posición de Lamar, víctima de su ambición y engreimiento, que rechaza las condiciones impuestas por el vencedor, quizá por ser las mismas que antes de la victoria rechazara por considerarlas humillantes. Por fortuna para él tuvo como excelso contendor a Sucre, tan humano y diplomático como guerrero, a quien sin embargo estaba sacando de casillas y al que obligó a darle un *ultimátum* porque era y resultaba intolerable que el vencido impusiera las condiciones al vencedor. Mas el 28 a las cinco de la mañana un coronel peruano del Estado Mayor pasa al campo colombiano a pedir a Sucre nombrase él mismo los comisionados peruanos. Sólo mencionó a uno, Gamarra, el cual fue acogido por Lamar siendo el segundo el General Obregozo. Por Colombia fue ratificado O'Leary y sustituido Heres por Flores. Todos ellos firmaron los respectivos tratados.

El 11 de marzo empezó la retirada desde Girón de 2.500 soldados peruanos, restos de casi 8.000 que habían entrado en batalla. Hasta en la suma total de unidades se parecen Tarqui y Ayacucho, donde lucharon 5.780 colombianos contra 9.310 españoles.

Concluye así el oficio de Sucre: "Los resultados de la batalla de Tarqui y de la campaña de treinta días son importantes a la República; y excede de toda expresión el placer de mi alma tributándole una victoria como mi homenaje al momento de pisar la tierra patria, después de seis años de ausencia, sirviendo a la gloria y al lustre de sus armas".

Y tengo el honor, Señor Secretario, de transmitirlo a V.S. para el conocimiento de S.E. el Libertador a quien el ejército vengador de Colombia consagra sus triunfos en Tarqui" (435).

Leamos, finalmente, la proclama de Sucre al ejército vencedor:

"¡Soldados!

"Una paz honrosa o una victoria espléndida" era necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. Una victoria espléndida y los preliminares de una paz honro-

sa, son los resultados de la campaña de *treinta días* concluída gloriosamente en Tarqui. Generosos como bravos, habéis marcado vuestro triunfo concediendo a los vencidos la amistad de hermanos.

¡Soldados!

La Patria os debe nuevos servicios; sus armas nuevo esplendor. Los pueblos del Sur os saludan como a sus salvadores; Colombia como los más celosos de su integridad; y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas.

¡Soldados!

En la vida del reposo, la República os pide algunos sacrificios para sanar de las profundas heridas que le han causado las disensiones. En todas circunstancias, en cualesquiera peligros, colocaos en torno del Gobierno y de las leyes; conservad el entusiasmo y disciplina que os distingue; y clavando sobre vuestras bayonetas el estandarte de la unión aseguraréis los apreciables bienes que a costa de padecimientos y de sangre habéis procurado a la Nación, para conseguirle su independencia y libertad”⁹.

Seguirán a todo lo anterior, reclamaciones de Lamar contra el Jefe que lo había derrotado y el incumplimiento por su parte del Convenio de Girón, sintetizado así:

1º Reducción de fuerzas militares de ambos países a 3.000 hombres.

2º Comisión bipartita para arreglar límites con base en los de agosto de 1809.

3º Liquidación por la misma comisión de la deuda del Perú a Colombia “de resultas de la guerra de la Independencia”. Se pagaría de contado y con intereses y en el término de diez y ocho meses.

4º Reemplazo de bajas colombianas en la independencia por parte del Perú.

5º Satisfacción del gobierno de Lima al de Colombia por la expulsión de su agente en aquella ciudad. Colombia dará explicaciones por la inadmisión del diplomático peruano.

9. O'LEARY DANIEL FLORENCIO. Epistolario de Sucre. II tomo. Madrid, página 442.

6º Mutua prohibición de intervenir en las respectivas formas de gobierno y respeto a la independencia de Bolivia.

7º Arreglo de lo anterior en el tratado definitivo.

8º Garante del tratado serían los Estados Unidos de Norteamérica.

9º Retiro de los peruanos de territorio colombiano y reunión de plenipotenciarios en Guayaquil en el mes de mayo, para el arreglo definitivo.

10º Entrega por parte del Perú a Colombia de la corbeta Pichincha y de 150.000 pesos en el término de un año.

Por la cláusula 16ª debía cesar el bloqueo naval a puertos colombianos. Y por la 17ª se convenía firmar cuatro ejemplares del tratado, firmados por Sucre y Lamar¹⁰.

Volviendo brevemente a los reclamos y acusaciones de Lamar después de Tarqui, diremos que una de las más graves fue la de que al Coronel Pedro Raudel, peruano muerto en Tarqui, se le había cortado la cabeza y enviada a Cuenca como triunfal y sangriento trofeo (452).

Mas Sucre se encargó de rectificar tan malévola especie en oficio del 18 de abril al Secretario del Libertador. En él rectifica otros varios bulos infundados y calumniosos contra las tropas colombianas. Y como no podía ser menos, recuerda al reclamante que los Coroneles colombianos Camacaro y Villarino habían sido apresados, amarrados y asesinados vilmente, no sin que faltaran soldados peruanos que los alancearan (512).

No nos detendremos en otras rectificaciones de Sucre a otros tantos reclamos de Lamar. Creemos que se trata de un caso único en la historia americana y universal: un general derrotado, a quien antes de la batalla se ofrece la paz con condiciones que serán las mismas después de la derrota, y que sin embargo, se detiene pasados 20 días a hacer una serie de convenciones al general vencedor...

En el capítulo siguiente nos referiremos a otros interesantes temas relacionados con el triunfo colombiano en Portete de Tarqui.

10. BLANCO Y AZPURUA. Obra citada, tomo 13, páginas 425-426. Los números...



6. — *Trofeos, recompensas y protestas*

Nos hemos entretenido en narrar los antecedentes y el hecho mismo de la confrontación militar peruano-colombiana en ese 27 de febrero de 1829, y nos hemos olvidado de recordar lo que significó para Bolívar y Colombia este problema ya desde el año 1828.

Bien es sabido cómo fue el Perú el último baluarte de España en América, excepción hecha como bien es sabido de Cuba y Puerto Rico.

Presionado e influenciado por los dos más grandes héroes americanos de la independencia, Bolívar y San Martín, parece que sus dirigentes aceptaron de buen grado la intervención del segundo en su política e independencia —proclamada ésta por San Martín y realizada por Bolívar— y no tuvieron otra alternativa que admitir en ellas al caraqueño, una vez que éste ganó de mano al argentino en la entrevista de Guayaquil.

La inestabilidad política fue el síntoma permanente de la nueva república. Así lo publican sus numerosos gobernantes en menos de un lustro, y muy seguramente las empresas en que algunos de ellos como Lamar se enfrascaron, quizá con la intención de tratar de resolver problemas internos.

A todo ello se pudo añadir seguramente la ambición de esos mismos personajes que quizá no habían brillado mucho por sus propios méritos en la campaña emancipadora, y pretendieron, terminada ella, cosechar lauros y honores que ciertamente no merecían.

Dolor de cabeza para Bolívar y Colombia fue la actuación del Perú y sus gobernantes después de la victoria de Ayacucho que le asegurara la libertad definitiva. A los problemas del Libertador en sus postreros años, a las convulsiones que ya empezaban en la Gran Colombia casi a partir de 1827, se añadían estos problemas externos sumamente delicados.

Afortunadamente, las tropas colombianas no habían abandonado del todo el Perú, y el Gran Mariscal de Ayacucho, después de servir durante algún tiempo la presidencia de Bolivia, pudo prestar su final servicio militar a Colombia, desatando definitivamente el nudo del gran problema internacional que el Perú constituía para Colombia y aun para América.

Un libro entero se podría escribir, muy interesante, muy triste y muy documentado, sobre todos los incidentes que por fuerza llevaron a la derrota peruana en territorio actual ecuatoriano, y hasta valdría la pena hacerlo para enseñanza de pueblos y naciones. Pero refirámonos al tema del presente capítulo: trofeos, recompensas y protestas después de Portete de Tarquí. Porque de todo esto hubo, como en otras ocasiones similares y más que en ellas, a raíz de este triunfo colombiano.

Quedó anotado antes cómo Sucre en su parte de victoria al Libertador, le anunciaba que habían sido tomadas dos banderas peruanas, hecho que en pasadas centurias tenía grande importancia y significación. Pues bien: el mismo Sucre se encargó de entregarlas en Quito al Libertador, llegado a esta ciudad el 17 de marzo.

El 22 de marzo tenía lugar dicha ceremonia, a la que concurrieron las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas. Llevó en ella Sucre la palabra, en corto pero oportuno discurso. He aquí dos de sus párrafos: "Mil quinientos de nuestros guerreros llevando en su corazón al genio de Colombia, tuvieron luego a sus pies, toda la organización militar del Perú; y castigaron a los ingratos que no contentos de ultrajar a su bienhechor, osaron profanar la patria que nos creó el redentor del nuevo mundo..."

Esta venganza es digna de V.E., y cuando las armas colombianas no podían buscar gloriosos trofeos en esa guerra, es la más noble venganza del ejército del Sur, honrar los despojos de la campaña de treinta días, trayéndolos a los pies del ángel de la victoria" (458).

El oficio de Lamar a Sucre firmado en el Cuartel General de Gonsanamá, entraña un alegato innoble contra los vencedores. Se dice en él que "el ejército peruano no ha peleado con sus pretendidos libertadores, ni con los virtuosos soldados que lo ayudaron a conquistar la independencia de su país; sino con los que tornados en serviles instrumentos de muy diversas miras, han querido sojuzgar al Perú, introduciéndole las desgracias de la guerra" (453).

Y añade que sólo fue derrotada en Tarquí la vanguardia peruana (1.000 soldados) y que el resto del ejército permaneció en el campo varias horas, hasta que Sucre propuso capitulación.

Se podría preguntar ante estas aseveraciones: ¿Y por qué Lamar aceptó la capitulación —que no cumplió— en vez de rechazarla y continuar peleando?

Echa en cara a Sucre que se haya dicho y hecho creer que fueron 8.000 los peruanos vencidos por 4.000 colombianos, y el tratar de “atribuirse glorias que no le corresponden” (453).

Según Lamar fueron 4.500 los peruanos y 4.000 los colombianos. Por tanto, todo fue una farsa, porque ni Sucre ni los, colombianos vencieron en Ayacucho ni él ni los suyos fueron vencidos en Tarqui en franca, brava y noble lid.

En consecuencia, concluye Lamar, se ha ordenado no entregar la plaza de Guayaquil como se pactara y aceptara por él en el tratado de Girón. Exige también “satisfacciones capaces de indemnizar las injurias recibidas, y se destruyan los depresivos documentos, cuya existencia alejaría hasta la esperanza de la reconciliación”.

Sucre, militar y estratega, magnánimo y generoso, diplomático y político, responde a las acusaciones de Lamar en oficio del 18 de abril al Secretario de Bolívar, citado al final del anterior capítulo.

Se refiere inicialmente, como se anotó, a la pretendida afrenta inferida al cadáver del Coronel Rauled, cargo que niega como queda anotado.

Luego al enrolamiento de peruanos en el ejército colombiano, lo cual justifica por dos motivos: igual proceder anterior de aquéllos y por la deuda peruana de millares de hombres de reemplazos del ejército con ocasión de la libertad del Perú en el año 1824.

Pasa luego a referirse a las recompensas por él decretadas a los jefes, oficiales y soldados vencedores. Vamos a recordarlas aquí, antes de conocer las causas y motivos que tuvo el Gran Mariscal para decretarlas, y la respuesta que sobre ello da al adversario vencido.

1ª Columna de jaspe en el campo de Tarqui con los nombres de los cuerpos del ejército, de sus generales y jefes y de los oficiales y soldados muertos, y la siguiente inscripción en letras de oro: “El ejército peruano de ocho mil soldados, que

invadió la tierra de sus libertadores, fue vencido por cuatro mil bravos de Colombia el veinte y siete de febrero de mil ochocientos veinte y nueve”.

2ª Los batallones Yaguachi, Caracas, Rifles y el Escuadrón Cedeño, llevarían en sus banderas el siguiente mote: “Vencedores de Colombia en Tarqui”.

3ª Todos los vencedores llevarían una medalla al pecho pendiente de una cinta verde, de la dimensión de la de Ayacucho. Tendrá al pie un fusil y una lanza en aspa, y en la parte superior la misma inscripción: “Vengadores de Colombia en Tarqui”.

La del General Juan José Flores estaría guarnecida de brillantes.

Las viudas e hijos de los jefes y oficiales muertos, recibirían sus pensiones y sus nombres de aquellos registrados públicamente *como mártires y vengadores de su patria*. (422-423).

“El monumento mandado levantar, replica Sucre a Lamar, es conforme a la práctica de las naciones para inmortalizar una victoria”. Le agrega que solo fueron 1.500 los colombianos que combatieron contra cerca de 6.000 peruanos, (513).

A pesar del decreto, bien puede el gobierno de Colombia, en aras de la paz y la fraternidad, ordenar que no se lleve a cabo, y él ofrece la conformidad de su ejército.

También ofreció la paz “después de derrotada la infantería peruana y cuando nos bastaba un pequeño combate para destruir sus reliquias”. Pero ello lo hizo en obediencia a las órdenes del gobierno colombiano y su Libertador de ser generoso con los vencidos.

“Además, añade, hace tiempo que al General Lamar se le reputa como agente del Gobierno español, y cuando por desgracia encuentra quienes engañados sirven a sus miras, era nuestro deber quitarle la complacencia de derramar sangre americana, y evitar la destrucción de pueblos hermanos, por los sacrificios que fueran compatibles con el decoro y la dignidad nacional”.

Ya al final agrega que se ha sabido que el Comandante Porras, comisionado para hacer devolver la plaza de Guayaquil,

“llevó órdenes para que no se entregara; y las cartas recién venidas de Piurallo confirman, y añaden que un General Peruano ha dicho allí sin embozo, que el tratado de Girón fue el único recurso que les quedó para salir de su desesperada posición, y para salvarse de ser prisioneros; pero que nunca fue el intento de su jefe el cumplirlo”, (513).

Adivinamos que respuesta tan exacta, valiente y veraz y las duras acusaciones a Lamar, dejaron a éste sin posible respuesta.

Parece coincidir con aquél en su reclamo, el antes citado historiador ecuatoriano Pedro Fermín Cevallos, que se expresa así en su *Resumen de la Historia del Ecuador*:

“Casi no cabe creer que el cuerdo y modesto Sucre fuera el autor de semejante artículo cuando no tenía por qué lastimar el orgullo del ejército vencido que se portó en la batalla con toda bizarría, ni necesidad de realzar la bravura del colombiano, ya de más a más afamado en el mundo culto. Pero así va la cordura del hombre, siempre expuesta a desquiciarse por el arranque de las pasiones del momento, y ese decreto brote del entusiasmo producido por la victoria, germinó largos disgustos y las penalidades de una segunda campaña como ya veremos”¹¹.

No adherimos al anterior juicio del historiador ecuatoriano, benévolo para Lamar y desfavorable para el Gran Mariscal de Ayacucho, que en documento antes citado se encargó de responder a las quejas del vencido y del historiógrafo. Y porque si bien se puede y debe utilizar la benignidad y comprensión para los graves yerros del Presidente-General sancionados con su deposición y destierro a Costa Rica, no existe razón para que no tengamos igual comprensión y benignidad con el gran Antonio José de Sucre. Costumbre inmemorial y milenaria, como lo recuerda éste a su contendor, fue el decretar honores a los vencedores y monumentos recordatorios de los grandes hechos y grandes batallas victoriosas. Todas las circunstancias de esta *campaña de los treinta días* aconsejaban y casi obliga-

11. CEVALLOS, obra citada, página 305. También el gran poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo defendió y elogió a su amigo Lamar.

ban a actuar así, y el hecho de haberlo realizado nada quita a la sencillez, magnanimidad y grandeza del más digno de los generales de Colombia. Y lo confirma el hecho de que nada pidiera y menos exigiera para sí, paradigma como era de magnánimas grandeza y generosidad.

Hemos tenido noticia de la existencia de un monumento conmemorativo en Portete de Tarqui. Ignoramos si se trata del que decretara Sucre u otro posterior.

Con la victoria de Tarqui concluye prácticamente el breve quehacer histórico militar del Gran Mariscal de Ayacucho, uno de los más grandes generales y libertadores americanos. Y a fe que no podía concluir de manera más digna y más brillante.

Al año siguiente, en oscura emboscada le sería quitada la vida, y se le daría la oportunidad de pasar a una más que merecida inmortalidad y gloria.

No estará demás copiar aquí la carta que debimos añadir en la nota 4, y que dice así:

“Campamento de Tarqui, a 21 de febrero de 1829.

Señor Don Estanislao Vergara

Mi querido señor Vergara: Hace algunos meses que no escribo a U...

Desde mucho tiempo atrás tengo dicho a U. que el Perú no deseaba la paz, y los sucesos posteriores han verificado mi aserción; ¡qué de faltas se ha cometido en aquel desgraciado país! y ¡qué de traidores ha habido en éste! Pero al fin, parece que el buen genio de Colombia lo ha querido así, para el Perú se pierda con más prontitud.

El atentado del 25 de septiembre y la sublevación de Patía indujeron al general Lamar a abandonar el prudente plan de campaña que desde un principio se había propuesto, cual era el de permanecer a la defensiva por tierra y hostilizarnos por mar. Este sistema hubiera reducido a Colombia al cabo de un

año a solicitar la paz que dictara el Perú. Afortunadamente para nosotros, se halla a la cabeza de la administración peruana un hombre de muy poca capacidad. Obcecado por sus pasiones y siempre arrastrado por las circunstancias, el general Lamar nunca calcula sobre el porvenir. Limitado en sus alcances, pero de una nimia delicadeza, su posición como colombiano es muy falsa. Teme más el fallo de la facción que le ha elevado a la suprema magistratura, y de que es a la vez el apoyo y el instrumento, que la inevitable caída que su imprudencia le ha preparado. Un peruano hubiera aceptado, sin vacilar, la paz en los términos que la hemos ofrecido, antes que exponer la suerte de su patria a los azares de una guerra. El Perú sabrá, pero muy tarde, que el general Lamar es el hombre menos a propósito para dirigir sus destinos en circunstancias como las presentes.

La pérdida de Guayaquil nos ha acarreado grandes males; pero era una consecuencia natural de nuestra falta de marina en el Pacífico. Ahora no es tiempo de llorar las faltas que hemos cometido. Pensemos sólo en remediarlas. La posición geográfica del Perú desde un punto de vista militar, es tan superior a la nuestra, que sin exageración puedo decir que la derrota de su ejército le será menos perjudicial que la victoria a nosotros. Explicaré: los desiertos que nos separan de las provincias peruanas que proporcionan recursos, son tan vastos, que aquel gobierno tendría tiempo para rehacer su pérdida antes que nuestro ejército, superando mil obstáculos, pueda presentarse (y entonces en esqueleto) en ellas. Por otra parte, si estos departamentos quedan sin fuertes guarniciones, la facilidad que su marina da al Perú para transportar tropas de desembarco, deja nuestra espalda expuesta e interrumpe las comunicaciones. Nuestra única esperanza de un feliz resultado, consiste en un trastorno político en Lima: pues Lima tiene tanto influjo sobre lo demás del Perú, que las chispas revolucionarias incendiarían en poco tiempo todo el país. Pero esto es muy problemático, y de consiguiente la prudencia nos aconseja desconfiar. Créame U., señor Vergara, que esta maldita guerra será interminable si el gobierno no se resuelve a mandar al Pacífico una escuadra respetable. Hagan UU. un esfuerzo, y el Perú será obligado a aceptar la paz.

Sabe Ud. que Villa me ha parecido un excelente sujeto y lleno de honradez? Pero no le creo muy hábil diplomático. Su-

pone al señor Revenga autor de todos sus disgustos en Bogotá, y hace muchos elogios de U. Está ahora de ayudante de campo del general Lamar. La provincia de Loja se ha portado infamemente. Los hombres de influjo, sin exceptuar los empleados del gobierno, han observado una conducta notoriamente desleal. Ninguna parte del sur ha desplegado nacionalismo.

El ejército enemigo está a un día de distancia de aquí. Conquistadores más raros jamás se han visto. Excusan siempre el combate. En las conversaciones que he tenido con algunos generales y jefes hablan de morir, más nunca de vencer. Parece que tienen un terror pánico a nuestros soldados...” (Carta de O’Leary a D. Estanislao Vergara, firmada en Tarqui el 21 de febrero de 1829. Memorias de O’Leary, Caracas 1952, III, páginas 445-447).